

# LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS

DE LAS BALEARES.

SEGUNDA SERIE.

Esta Asociación no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

## LA HUMILDAD Y LA CARIDAD.

¡Y qué dos virtudes más preciosas! Cristianas de pura raza no traen su origen del mundo pagano, que ni tan adentro penetraba ni tan alto rayaba su filosofía. El tipo evangélico se descubre en la pureza de sus respectivos lineamientos, y su árbol genealógico se remonta al que decía: *aprended de mí que soy manso y humilde de corazón*. Encerradas en el pecho humano lo llenan de suave perfume, que trasciende hacia fuera como la fragancia de olorosas confecciones por los agujeros de dorado pomito. Porque no basta ser á solas humilde y á escondidas caritativo: la edificación del buen ejemplo es una deuda que el prójimo tiene derecho á reclamarnos. Beneficios inmensos reportaría la sociedad si se esmerasen todos en el cumplimiento de un precepto, que así como obliga en los actos de la vida individual, así exige el público respeto en cualesquiera manifestaciones de la vida colectiva. Debémosle en comun lo que privadamente le debemos: y no hay que andar en sutiles distinciones, fingiendo acatarlo como cristianos y haciendo de él caso omiso como hombres de partido. No se puede á la vez prestar dócilmente el cuello y obstinarse en sacudir el yugo. Sea cual fuere el vínculo que nos ligue para un fin concreto y bajo un aspecto determinado, nunca ha de aflojarse el que nos mantiene al Criador unidos, ni la ley moral ha de volverse más flexible y acomodaticia porque

al fin se reparta entre muchos la responsabilidad de sus infracciones. La humildad y la caridad son también virtudes sociales, y si de ellas prescindieren las agrupaciones que en la sociedad ejercen algún influjo, de este fatal error no podrán menos de surgir deplorables consecuencias.

Dura exigencia, ó sobrado misticismo, parecerá tal vez la pretensión de que en parcialidades ó escuelas que no sean puramente religiosas haya de infiltrarse el espíritu de estas dos virtudes esencialmente cristianas. ¿Qué tienen que ver ellas con la política ó la ciencia, con las artes ó la literatura? ¿No bastará que se observen siempre las leyes del decoro y de la cortesía? que se eviten estúpidos alardes de irritante soberbia, ó se declamen huecas homilias en favor de una tolerancia harto cacareada y no pocas veces desmentida? que si lucha ha de haber no sea sobrado rencorosa, y tenga visos de caballeresca? ¿Queremos que la humildad y la caridad resplandezcan en las tendencias, en el carácter y en la conducta de los partidos! ¿Pues acaso no brotan y crecen y se nutren de sentimientos mal avenidos con ellas, si no es que estén en palmario desacuerdo? ¿No es el orgullo su simiente? la aversión y la acrimonia, el desprecio ó la envidia? ¿no forman el jugo que alimenta sus raíces? ¿Cómo pues la hinchazón y la amargura no han de trascender en sus frutos? ¿De qué se componen los partidos? ¿Qué son sus oráculos y caudillos sino otros tantos

Narcisos ciegamente enamorados de sus propias ideas? otros tantos Pigmaleones que han concebido una loca pasión por la estatua salida de sus talleres, creídos como están de que su poderoso aliento le infunde vida, y de que es ella la única representación de la verdad, de la razón ó de la justicia? ¿Qué son sus adeptos sino una muchedumbre que seducida por las teorías que mejor cuadran á su temperamento, á sus pasiones ó á sus intereses, las adopta sin vacilaciones, las defiende á todo trance y llega á creerlas no solo hijas adoptivas sino hijas naturales de su entendimiento, siendo tan propiedad suya como lo es del cristal la imagen que representa? Y cada partidario de una idea se aferra mas á su propio juicio cuanto mas reforzado le ve con el voto de sus amigos, sin tener en cuenta para nada el parecer ni los argumentos de sus adversarios. ¿Y cómo podría suceder de otra manera y juzgar imparcialmente sus opiniones, cuando no sabe mirárlas mas que al través de un prisma quizás engañoso? Los partidos nunca discuten con la incertidumbre del que busca la solución de obscuro problema, sino con el aplomo y jactancia del que presenta la demostración de un teorema conocido. Porque ellos son unos litigantes que por su propia autoridad se han erigido en tribunal inapelable, y nada tiene de extraño que su fallo recaiga siempre en contra de la parte adversa: son otras tantas expediciones de argonautas que por diferente rumbo van en busca del vellocino de oro, y cada uno se forja la ilusión de haberlo conquistado exclusivamente. Pedidos humildad, á ellos que se creen alumbrados por el sol del medio día y reputan á los demás sumergidos en las tinieblas del error, que á los argumentos mas convincentes los califican de razones ó de sofismas segun el platillo de la balanza en que están colocados, que reniegan de las tradiciones mas respetables y de toda autoridad opuesta á su criterio, que escarnecen tal vez la sumisión de los creyentes y ni la menor duda abrigan respecto á la infalibilidad de su partido!

Y que una firme creencia en la bondad de un sistema, que la íntima convicción de estar

en posesorio de la verdad y de la justicia, haya de ser la causa eficiente de las agrupaciones y banderías en que aparecen fraccionadas las sociedades; facil es de comprender puesto que de no ser así los partidos no serian mas que agregaciones caprichosas, ó quizás especulaciones encubiertas, compañías de industriales y mercaderes para explotar una mina, la mina tal vez del presupuesto. ¿Cómo pues los hombres, cuyas ideas tienen á su juicio innegable derecho á predominar en la esfera á que pertenecen, cuyas aspiraciones se dirigen á la ilustración y á la dicha de sus compatriotas, cuyos principios son los únicos salvadores, y sus procedimientos los mas acertados para librar de graves conflictos ó producir todo género de propiedades, no han de suponerse dotados de una superioridad indiscutible, no han de considerarse como una clase privilegiada, descollando sobre esa plebe ingrata que terca en sus errores sigue oponiendo razón á razón, principio á principio, sistema á sistema? Se la pudiera compadecer por su alucinamiento ó su ignorancia; pero ¿cómo sufrir que sin hacerse cargo de su inferioridad se atreva á disputarle el predominio, se le atraviese como un obstáculo en su camino, sea la eterna pesadilla de sus ensueños ó la rémora fatal de sus adelantos? ¿Cómo sellar los labios viendo á los partidos opuestos animados tambien de un espíritu de proselitismo, y proclamando tambien sus doctrinas, sus erróneas doctrinas, como las únicas salvadoras? ¿Cómo los que disfrutan el monopolio de la ciencia y de la justicia, han de permitir que les arrebatte prestigio y ganancia el fraude manifiesto de osados charlatanes? Toda contradicción irrita. Si se levanta estandarte contra estandarte es necesaria la lucha hasta abatir la enseña enemiga, y si á ello conducen las frases malignas, las imputaciones gratuitas, las violencias de lenguaje ¿á qué ha de venir la caridad con sus melifluas recomendaciones? ¿Por un poco mas ó menos de acritud se ha de menospreciar la gloria de un triunfo ó se ha de sacrificar el gusto de ver humillado á un adversario?

Pues á pesar de todo, así como es de estricto deber que la humildad y la caridad se

alberguen en la conciencia del individuo, lo es también que las agrupaciones y partidos rindan vasallaje á estas dos hermosas virtudes y por ningun motivo traspasen los límites que á su conducta imponen. Esta saludable lección, salida de los augustos lábios del vicario de Jesucristo, acaba de resonar en las suntuosas bóvedas del Vaticano. Todo el mundo la ha oído, y ¡cuánto fuera de desear que todo el mundo la aprovechara! Aludiendo á las polémicas derramadas vivas, y por desgracia no menos ruidosas, que en Francia principalmente han sostenido con igual tenacidad dos escuelas, defensoras ambas del catolicismo, el inmortal Pío IX les ha dirigido una paternal corrección á fin de precaverlas de los peligros á que las tenía expuestas el desvanecimiento de la una y el amargo celo de su antagonista. No se propuso terciar en la contienda, ni inclinar la balanza hácia uno ú otro lado con el respetable peso de su palabra. Superior á todos los partidos no se afilió á ninguno de los dos, ni á ninguno mandó que rindiese su bandera y se pasase al campo de sus adversarios; pero sí señaló á cada uno el escollo donde corría mayor riesgo de fracasar. Al que prendado de ciertas ideas que le caracterizan, mira con inquieta suspicacia la entusiasta adhesión de los fieles á la cabeza visible de la Iglesia, y teme que se haga demasiada poderosa y omnímoda su influencia, le recomienda la humildad, porque sin ella se sale fácilmente de las sendas de la justicia: al que enemigo de aquellas ideas las combate con punzantes diatribas y condena á sus partidarios con prematuro anatema, le recomienda la caridad, porque sin caridad no es posible ser católico verdadero. Mas no se crea que uno ú otro se halle exento de toda mancilla en orden al punto sobre el cual la respectiva amonestación no ha recaído: no se crea que aquel nunca haya usado aceradas saetas en vez de pluma, ni que este deje de estar muy pagado de sí mismo y en demasía aferrado á sus teorías eselusivistas. Aquellas dos virtudes se mantienen estrechamente unidas queriéndose con el amor de hermanas gemelas, y si á una abandonamos nos abandona también su compañera. El partido que falto de

humildad avanzaba en un terreno resbaladizo quizá haya sido involuntaria causa de que alguno de los fieles cayese en lamentable apostasía, el partido que falto de caridad hacia alardes de exagerada intransigencia ha sido tal vez involuntario estorbo para que volviese al redil alguna oveja extraviada: así el uno y el otro han podido contribuir á que experimentase alguna merma el rebaño de Jesucristo. Y esto es sobre manera triste y lamentable en una época en que la impiedad revela sin el menor embozo sus siniestros propósitos, y despliega todos sus medios de propaganda, y se vale de la astucia y de la violencia, y se apresta para arrebatarse al catolicismo los restos de la jurisdicción que sobre las sociedades europeas ha ejercido. Y ¿cómo resistir á su feroz empuje sin la unión y concordia de los que en su favor combaten con firmeza y denuedo? Necesaria es de todo punto esta unión que nuestro amado pontífice tan eficazmente recomienda, y mal podrá alcanzarse si la humildad no restringe las tendencias y la caridad no rige la conducta de los partidos. Sin aquella está ocasionada á vértigos la cabeza, y sin esta padece frecuentes irritaciones la sangre del corazón. Sin estas virtudes se incurre fácilmente en exageraciones por uno ú otro lado, se peca por sobra de independéncia ó por sobra de acaloramiento, se pretende ajustar la Iglesia en el molde peculiar de una escuela ó partido en vez de amoldarse á los al espíritu, á las prácticas y á las decisiones de la Iglesia. No toca á los discípulos ni empuñar las disciplinas ni sentarse en la cátedra del maestro.

T. AGUILÓ.

## LOS BUENOS Y LOS MALOS.

CARTA DÉCIMA OCTAVA DE D. VICENTE DE LA FUENTE.

Madrid 2 de mayo de 1872.

El día 13 del mes pasado recibió su santidad en el Vaticano á cuatrocientos extranjeros que se presentaron á pedirle su bendición y hacer público homenaje de adhesión, respeto y dolor por su aflictivo

cauliverio. Dirigióles nuestro beatísimo padre palabras muy graves y cariñosas: habló de Portugal, habló de España y también de Francia. En mi juicio las mas trascendentales y de efecto calculado son las que dirigió á los partidos y á los escritores de Francia. Nadie podia esperar que en medio de aquella reunion cariñosa diera el papa una reprension, cariñosa sí, pero al fin reprension á los católicos buenos, á los hijos mismos que iban á besarle la mano. ¡Leccion saludable y oportuna!

Las palabras del papa dicen así en lo relativo á Francia: «Hay un partido que teme demasiado la influencia del papa; este partido, sin embargo, debería reconocer que sin humildad ningun partido gobierna segun la justicia.» Este párrafo se ha tomado por una reprension al partido orleanista; en mi juicio se estiende á mas gente, á mas escuelas y á mas partidos que á los orleanistas y sus ramificaciones. Los regalistas, los galicanos, los *francólatras* (perdone V. el neologismo) están comprendidos en esa cláusula, y aun mas especialmente los llamados católicos liberales ya antes censurados gravemente por su santidad.

Los oyentes dieron muestras de aprobacion al oír aquella frase. Creo que hubiera sido mejor que habiesen callado modestamente: allí hablaba un superior, y es una falta de respeto y de cortesía, al menos en España, el dar el inferior muestras de aprobacion al superior. En tales casos al inferior no le toca mas que callar y obedecer, si el superior no se escede de su derecho y de la justicia. Si hoy se aplaude, mañana se silba. Ya el P. Monsabré ha tenido que reprender á los que aplaudian sus discursos en la catedral de nuestra Señora de Paris: esto es llevar á la Iglesia la plaga del parlamentarismo. ¿Quién ha visto jamás aplaudir en la Iglesia á un orador sagrado? ¿Y se merece mas respeto un presbítero que predica desde el púlpito, que el papa que habla desde su solio?

Su santidad añadió en seguida la cláusula siguiente, que no consta fuese aplaudida. «Hay otro partido opuesto á aquel, que olvida completamente las leyes de la caridad, y sin caridad no se puede ser verdaderamente católico. Al primero le aconsejo la humildad, á este otro la caridad. A todos recomiendo la union, la concordia, la paz.» Preciosa leccion ¡leccion dada á los hijos! reprension dada á los buenos, reprension de padre, que al fin... quién bien te quiere que te hará llorar.

En Francia han producido estas frases profunda impresion. Los católicos se han quedado sorprendidos al oirlas, y mirando á Luis Veuillot, al *Univers*

y á sus redactores, les han dicho «¡por vosotros vá eso!» Dícese que Luis Veuillot está arrepentido, que piensa ir á Roma á explicar su conducta, que le va á manifestar al papa que no se puede atacar de otro modo á los enemigos de la Iglesia. No puedo creer que aquel ilustre escritor sostenga tal desatino; es demasiado católico y tiene mucho talento; pero por desgracia tiene admiradores tontos, y un amigo tonto compromete mas que un enemigo descubierto.

En mi juicio la correccion de su santidad alcanza no solo al *Univers*, sino á otros muchos que no son de su escuela, y quizá á todo el partido legitimista de Francia. Su santidad habla de partido y no habla de escritores ni de periódicos. Que en el *Univers* habia celo agrio y demasiado amargo y rencoroso, se echaba de ver. Cuando los apóstoles pidieron á Jesucristo que hiciera bajar fuego del cielo sobre los que no querian aceptar la palabra divina, tenían celo, verdadero celo; pero á Jesucristo no le gustó tal celo, y les dijo: *Nescitis cujus spiritus estis*. Lo que no aprobó Jesucristo aunque fuera celo, no lo puede aprobar su vicario en la tierra, y dice también á los católicos agrios, á los católicos pesimistas, á los católicos violentos: *Nescitis cujus spiritus estis*. Es indudable que en el *Univers* se notaba cierto espíritu de acrimonia, de sarcasmo, de dureza, de reñor que hacian poco aceptable el periódico á los católicos retraidos de la política, pero en cambio hacian las delicias de los político-maníacos católicos. Adviertan VV. que digo político-maníacos católicos, y no católicos político-maníacos: el porqué de esta locucion se deja adivinar.

En el número de la revista titulada la *Cruz* correspondiente al mes de marzo de este año, he tenido que vindicar á Melchor Cano de unas invectivas gratuitamente falsas é infundadas, que en el *Univers* le dirigió el abate Morel. El Sr. Caballero pasó mas adelante, calificando á este con mas dureza por las atrabiliarias inculpaciones que hizo al célebre dominicano español, á quien puso á los piés de los caballos, como decirse suele. Todo fué por haberle citado (y con poca oportunidad por cierto) el señor obispo de Orleans; pues ni dice Melchor Cano lo que este le quiso hacer decir, ni el redactor del *Univers*, al querer rebatir á este, supo contenerse en los límites del decoro y entender el texto de Melchor Cano bien obvio y sencillo, y con cuyas propias palabras podía haber rebatido lo dicho por el prelado, haciéndolo argumento *contra producentem*. Mas tiene ¿caso un periodista tiempo, tranquilidad y calma para esto? Los escritos científicos, lo mismo que la

poesía, necesitan mucha serenidad para inspirarse en el bien:

*Carminæ proveniunt animo deducta sereno.*

En el cielo periodístico, ó sea en la atmósfera política, siempre hay nubes; por eso el redactor del *Univers*, en vez de estudiar el dicho de Melchor Cano con serenidad, prefirió desatarse contra él en invectivas, injurias y casi calumnias. ¿Es esto caridad? ¿No se debe tener caridad con los muertos que no pueden defenderse? ¿No merecía un religioso, obispo electo y sabio teólogo, alguna reverencia?

Pero aquí entra mi conciencia á levantar la voz, á ponerme delante mis escritos y decirme: «¿Acaso no has hecho tú lo mismo mas de una vez? ¿Podrás decir: *¿Quis arguet me de peccato?* ¿Has tenido tú en cuenta la caridad debida á los demás, católicos ó no católicos, vivos ó difuntos? ¿No crees que algo de lo que ha reprendido su santidad en ese partido francés acusado de faltar á la caridad, le toca muy de lleno?»

Con estrañeza he visto que algunos periódicos de Madrid, poco católicos y aun desafectos á la Iglesia, han echado en cara á los periódicos católico-monárquicos el estar comprendidos en esa reprobación paternal del papa, como si ellos fueran santos, como si ellos tuvieran derecho á desoir esa voz, como si ellos en su impiedad lo tuvieran para reprender á ningun católico. Pero no me ha estrañado menos la respuesta de los católicos, diciendo con gran aplomo que no se consideran aludidos en esas palabras del papa. Yo, por mi parte confieso francamente que me han producido remordimientos, que temo haberme escedido algo en mas de una ocasión, y que confesando mi culpa propongo la enmienda. A la verdad, porque el papa lo haya dicho á los franceses, no creo que nos podamos excusar los españoles, si hemos incurrido en las diatribas, exageraciones y faltas de caridad reprendidas en aquellos. El no hacerlo así seria ridículo.

—¿Cómo no lloraba V. D. Pedro, al escuchar el sermón de Pasion que acaba de predicarnos el señor cura, tan patético que todos hombres, y mugeres, llorábamos á lágrima viva?—Es que yo no soy de esta parroquia: ¿pues cree V. que si yo fuera parroquiano hubiera dejado de llorar como todos?

—Pero el papa habla de partidos, y yo no soy de ningun partido.—Cierto que sí, y partido me vea yo si me dejo atrapar de ningun partido, á pesar de las amenazas que me han hecho de que me condeno sin remedio si no me hago político, y que no es buen católico el que no toma parte en política, y empuña un fusil si puede, y se deja mandar á

zapatazos y no reconoce la infalibilidad cesárea, la cual es superior á la del papa: pues este cariñoso padre nos permite reclamar sobre sus mandatos en puntos de disciplina, y nunca nos ha exigido que «no podamos dudar de la perfecta equidad de todas sus determinaciones,» como por parte de aquella se nos exige ahora. Esta es muy gorda, amigo mio, pero á bien que yo no la invento. En letras del molde la habrá V. visto en todos los periódicos.

Vuelvo pues á mi tema consabido, que he dicho mas de una vez, que sigo repitiendo, y que es el tema y objeto (*objetivo* diria si fuera filósofo) de este discurso: NO ESTÁ EL DAÑO EN QUE LOS MALOS SEAN MALOS, SINO EN QUE LOS BUENOS NO SOMOS BUENOS. Obsérvese que no digo *son*, sino *somos*, y confieso mi parte de culpa. Hago como S. Juan Bautista, el cual segun el evangelio *confesó y no negó*. Cuando decia en una carta anterior que Dios tenia entre nosotros *pocos amigos*, tuvieron VV. la bondad de atenuar esta frase dura por medio de una nota oportuna, y creo que hicieron bien; pero francamente, cuando ví la nota no pude menos de decir en mis adentros: *¿Qué amigos tienes, Benito!*

Recuerdo con edificacion el discurso leído por el presidente del consejo general de la sociedad de san Vicente de Paul en Paris, en la junta general del año pasado. Muchos desengaños debieron sufrir estos hermanos de parte de los pobres á quienes socorrían, varios de los cuales correspondieron con horribles ingraticudes durante los deplorables y aciagos dias de la *commune*; y con todo el presidente general, en vez de culpar á los pobres, (¡oh ternura y envidiable caridad!) culpaba á los consocios, y se culpaba asimismo, diciendo que quizá aquellos excesos y desmanes provenian de no haber visitado bien á esos pobres ingratos y haber tenido con ellos poco celo. ¡Esto sí que es catolicismo! ¡Esto sí que es caridad y verdadera humildad!

Un periodista, un político-maníaco-católico primero se dejaria despedazar que hacer esta confesion. Los partidos son impecables: si se comete un error, hay que aplaudirlo y defenderlo, aunque lo repugne la conciencia, aunque se hunda el mundo, y cantar la consabida copla:

Nosotros solos somos los buenos

Nosotros solos, ni mas ni menos.

Pero yo soy socio de S. Vicente de Paul y á mucha honra, y con ellos me entierren. Lo he sido, lo soy y lo seré, y ni el Sr. Romero Ortiz, ni todos los ministros habidos y por haber, me pueden impedir el serlo, pues en mi conciencia no manda

ni el rey ni el Roque. Podrán impedirme que me reuna con otros en cierta forma; pero no el ser socio y hacer lo que pueda y quiera sin faltar á la ley en lo que tenga de ley. En esta escuela aprendí yo mi retraimiento político. No extraño por eso que algunos *buenos* la miren con malos ojos.

Casi sucede lo mismo con la asociación de católicos, la cual, como ofreció á su santidad no mezclarse en política, ha prosperado poco y ha encontrado no pocos tropiezos en su camino. Los unos la han combatido acusándola de política, y diciendo que aun cuando decia que no era política realmente lo era. Otro tanto le sucedió á la sociedad de S. Vicente de Paul: cuando los pilluelos de la calle se empeñan en matar á un perro, aunque no rabie y esté bebiendo agua, lo matan por perro rabioso. Los otros han combatido á la asociación por no ser política, y porque todo el que no es político se vá derecho á las calderas de Pero Botero. Vi sobre esto hace un mes un dilema terrible y que casi me asustó, viéndome hecho cómplice de la impiedad sin comerlo ni beberlo.

Pero los mas encantadores en este género de *buenos* son aquellos católicos *estáticos* que no son socios de S. Vicente de Paul por serlo de la asociación de católicos, y tampoco son de la asociación de católicos porque desearian mas ser de la de san Vicente de Paul.

Cuentan ciertas crónicas, que yo no he leído, que unos novicios muy mortificados no comían por tener mucho sueño, y no dormían por tener mucha hambre. Estos novicios debían de ser españoles de los *buenos*. El papa mira la cosa de otro modo, y despues de elogiar altamente á Francia y sus obras católicas y la sociedad de S. Vicente de Paul y la de san Francisco de Regis para rehabilitacion de matrimonios, exhorta á los católicos á reunirse, y á todas estas asociaciones á obrar de consuno en defensa de la Iglesia. Sus palabras son estas: «Luego es preciso que todos se pongan de acuerdo, que todos los círculos de caridad se unan, que se unan los círculos que se ocupan en la instruccion católica (v. g. la asociación de católicos) con los que tratan de la santificacion de las fiestas y con los que trabajan en perseguir los malos libros. Que todos juntos riñan las batallas del Señor, no con la espada, ni con el cañon, ni con el fusil, sino con la fe, con el brazo de la justicia y con la palabra de la verdad.»

Como aquel dia, 13 de abril, soplaban en España unos aires tan recios, no se oyó bien aquello de

NO CON EL FUSIL, NI CON EL CAÑON, NI CON LA ESPADA.

V. DE LA F.

## LA PIEDAD.

Voy á hablarte en efecto, ó lector despreocupado ó ilustrado, de la piedad, de esa cosa tan de iglesia y tan de mal gusto que nuestro siglo ha creído deber relegarla únicamente á las mujeres y á los viejos. Voy á hablar de la piedad y á exhortarte á ser piadoso, á tí, trabajador ó amo, estudiante ó militar, bullicioso jóven de veinte abriles ó reposado varon de cuarenta y cinco octubres. Voy á decíroslo con el lenguaje franco de siempre: habeis de ser piadosos: y dando un paso mas adelante, aunque os sorprenda y no me creais por de pronto, voy á probaros que si no sois *piadosos* no sois *religiosos*.

¿Qué es piedad? Si quisiese pedir la definicion al mundo, harto sé lo que responderia. ¿Quién no ha oído al mundo burlarse de la piedad y de las personas piadosas? Pero el mundo es testimonio sospechoso. El mundo que colma de sátiras á las personas piadosas, colma de aplausos el can-can, los cuadros de carne viva, los chistes transparentes, y muchas cosas mas que por justos respetos me callo. No he de dirigir, pues, esta pregunta al mundo. Tampoco quiero dirigirla á la religion y al evangelio. Ellos me perdonen, pero diríase que estos son testigos notoriamente apasionados, aunque en sentido inverso. No, señor, quiero ser imparcial, sin la dearme ni á una parte ni á otra, llevado de particulares simpatías. No quiero que fallen aquí ni curas, ni calaveras. Quiero que falle el simple buen sentido de todo hombre honrado y racional. ¿Qué es la piedad?

Es la intervencion del *corazon* en las cosas de religion. Es la aficion, el gusto, el cariñoso afecto acompañando el ejercicio de sus prácticas. La piedad es el amor. Es *amar* lo que se cree, *amar* lo que se practica, *amar* la obligacion que se impone, *amar* la prohibicion aunque mortifique. Este amor se manifiesta en la aficion, en el gusto, en la facilidad por las obras de la religion. Véase ahora si esta facilidad, este gusto, esta aficion no son los caracteres esenciales y distintivos de las personas verdaderamente piadosas, y se conocerá si es verdadera ó no esta explicacion que acabo de dar de la *piedad*.

¿Es obligatoria la piedad? Respuesta. Amarás á Dios con todo tu corazon, con toda tu alma. ¿Es obligatorio este precepto del decálogo? Claro que sí, y mas que todos, como que es el primero y fundamental. Luego es obligatorio el *amor* en los actos

de la religion. Es así que la piedad no es sino el amor acompañando los actos externos de la religion: luego es obligatoria la piedad. ¿Qué se puede oponer á este raciocinio tan llano, tan corriente y tan natural?

Si nuestros actos exteriores, nuestras prácticas, nuestros rezos, nuestras devociones han de significar algo, ¿qué han de significar sino el afecto, el amor, el rendimiento del corazón? Si eso no significan, nada significan, son cuerpos sin alma, palabras sin sentido, son meras formalidades, puras ceremonias, sola exterioridad, verdadera hipocresía.

La religion, aunque exige el homenaje exterior del hombre, es principalmente y esencialmente interior; del exterior puede prescindir algunas veces, del interior nunca. Este homenaje interior, este afecto del corazón es lo que llamamos devoción ó piedad: hé aquí pues porque no se puede ser religioso sin ser piadoso, Y el que no es piadoso no es religioso. O mas claro, el que no tiene piedad no tiene religion. Esta consecuencia pudo parecer al principio inverosímil. ¿No es verdad que se la encuentra ahora muy ajustada?

Ama y haz lo que quieras, ha dicho con valentía un santo padre: si no amas, nada harás aunque hagas todo lo que quieras, podemos añadir nosotros. Comprendo hasta cierto punto que los pobres incrédulos hallen ridícula nuestra religion. Lo comprendo. No viendo en ella mas que un conjunto de prácticas exteriores, como lo es la de tantos católicos, claro está, la religion es una puerilidad. Poned empero en cada uno de estos actos un átomo solo de amor, un latido solo del corazón, y lo que os parecia pueril, vano, ridículo, lo vereis grandioso, sublime y digno de llenar, como ha llenado, la existencia de los hombres mas eminentes. Todo es pueril y ridículo cuando no lo vivifica un sentimiento poderoso. Nada es pueril y ridículo cuando es inspirado por el corazón. El martirio por la religion ó por la patria, ¿qué es si prescindimos del corazón? Una terquedad. En cambio, ¿cuántos tesoros de sublimidad y de poesía no se encierra en el sencillo beso que unos labios amantes y fervorosos depositan en una imagen? ¡Y es la acción mas vulgar, mas trivial, mas ordinaria!

Aplicad el caso á tantos otros. Vaya un solo ejemplo. ¿Os parece cansada y ridícula la repetición de cincuenta *Ave Marias* que forma el rosario de María? Comprendo que lo sea para vosotros si no acompañais el murmurio de los labios con el afecto del corazón. Dadme un corazón que ame á la Vir-

gen; aquella repetición de súplicas y alabanzas le parecerá lo mas natural. Al amor nunca le causa repetir sus protestas.

Examinad con este criterio todos los actos de la religion; paraos en los sencillos ejercicios populares los que temeis rebajaros entregándoos á ellos. ¿Nunca habeis comprendido el afecto tiernísimo, el amor acendrado que encierran aquellos ósculos, aquellas cruces, aquellas fórmulas breves y sencillas? ¡Vuestra fria ilustración no las comprende! ¡Mirad en cambio cómo las comprende el corazón! ¡Mirad cómo las conserva y las transmite el pueblo fiel; cómo las entiende, como se regala con ellas, cómo las saborea! Es que siente en ellas el perfume de la piedad. Ama, y por esto comprende el idioma del amor, que para vosotros es extranjero.

No es buen juez el ciego en materia de colores, ni el corazón frio en punto á sentimientos. ¿No teneis piedad? En vano es que os pondere sus excelencias. Pero sabedlo, aunque decoraseis toda la biblia, y pudieseis explicar en cátedra las obras de los mejores teólogos, sin piedad nada apenas sabriais de la religion, nada poseeríais de ella. Sin el amor, sin la caridad, sin el sentimiento de la piedad nada seríais.

¿Por ventura no lo ha dicho con mayor y mas subida elocuencia el apóstol en aquellas palabras: «Cuando yo hablara todas las lenguas de los hombres y el lenguaje de los ángeles mismos, *si no tuviere caridad* vengo á ser como metal que suena ó campana que retiñe?»

¿Lo oís, católicos á vuestro modo? ¿Podeis ser verdaderamente religiosos si no sois profundamente piadosos?—*F. S. y S.*

(Revista Popular de Barcelona.)

## EL CUMPLEAÑOS DEL PAPA.

Mañana 13 de los corrientes, con el favor de Dios, va á cumplir ochenta años el bondadoso anciano á quien ha colocado Jesucristo por jefe y pastor de la gran familia católica en todo el universo. Ochenta años, es decir, la edad á la cual pocos alcanzan, sobre todo cuando los veinte y cinco últimos han transcurrido entre toda suerte de amarguras y padecimientos. Ochenta años, y no como quiera, sino en la plenitud de todas las fuerzas físicas, entera la voz, seguro el andar, clara la vista, jovial y sereno el semblante, es decir, virilidad

completa sin menguas, sin achaque. Ochenta años en el goce de todas las facultades morales de que es capaz hombre nacido: voluntad enérgica y vigorosa, inteligencia clara y despejadísima, ojeada vasta y certera para dominar con suma sencillez los negocios todos y las mil complicadísimas situaciones que le está ofreciendo cada día en las cinco partes del mundo conocido la Iglesia de Dios. Miradle, oídele, cada semana nos trae la fama un nuevo arranque suyo, todo el mundo le visita, á todo el mundo habla, á todo el mundo consuela, á todo el mundo alienta. Su voz es la que sostiene en medio de tantos contratiempos la esperanza en doscientos millones de corazones que le son fieles. Mitad del mundo que sirve al infierno, mitad del mundo que sirve á Dios, tienen fija en él la vista, estos con amor, aquellos con rabia. ¡Cuán grandiosa es la figura de ese anciano de ochenta años, sonriendo dulcemente, como quien compadece la ceguera de unos y agradece el sincero afecto de los demás!

Pio IX es el prodigio viviente de nuestro siglo. A cada época histórica señala Dios el gigante que ha de destacar sobre ella. Pio IX es el gigante de nuestra época, prenda eficaz é infalible de la protección que, según sus promesas, continúa dispensando el cielo á la Iglesia católica.

El cumpleaños de Pio IX, el octogésimo aniversario de su nacimiento han de ser, pues, día de júbilo y de esperanza y de acción de gracias para la gran familia cristiana. Ocultemos aquel día las lágrimas de aflicción que riegan nuestras mejillas, para congratularnos en honra de Dios y de nuestro pontífice al pie de los altares.

¡Pio IX es nuestro padre de familia, y el día 13 es su cumpleaños! No están, cierto, los tiempos para alegres plácemes y felicitaciones, empero todos los tiempos son tiempos de oración, y algunos lo son de un modo especial. Agrupémonos los católicos este día al rededor de la mesa santa donde se inmoló y se dá á los hijos de Cristo su sacratísimo cuerpo y preciosísima sangre; agrupémonos á los pies de la augustísima señora madre de Dios y madre nuestra y madre particular de Pio IX.—*F. S. y S.*

(*La misma Revista.*)

### CONFERENCIAS DE LA ASOCIACION.

Versará la de esta noche sobre la *Secularización de la enseñanza*, habiéndose encargado de ella el presbítero. D. Miguel Maura.

### CRÓNICA.

Dice un periódico: «Nació el actual pontífice en Sinigaglia, de los ilustres condes de Mastai-Ferreti, en 13 de mayo de 1792. Al contemplarle su madre acostado en la cuna, sorprendió en la primera mirada de aquel niño algo que no era de la tierra, y en el primer vagido adivinó también no sé qué angustia extraordinaria. La noble señora, instruida en el fondo de su corazón por misteriosos presentimientos, acordóse del Calvario; un día se prosternó delante de una imagen de la Madre del dolor, y levantando el niño en sus brazos exclamó: «¡Oh María! ¡oh María! Dignaos adoptarle, como adoptasteis al discípulo amado: yo os lo entrego! yo os lo consagro!» La Virgen aceptó la ofrenda y le tomó bajo su amparo: y aquel niño, años después elevado á la más alta dignidad de la Iglesia católica, hizo arrodillar al mundo entero ante su excelsa patrona aclamándola Purísima é Inmaculada.»

Se está firmando en Lyon una felicitación dirigida al papa que le será presentada el día de su cumpleaños.

Habiendo mandado su santidad, algunos días atrás, distribuir entre los pobres una cantidad bastante crecida, un prelado de la corte esponía al santo padre algunas reflexiones sobre el estado de los fondos. Pero Pio IX, con su sonrisa angelical en los labios, le respondió: «¿Acaso Dios no se encarga de alimentar por sí mismo á los pobres pajaritos? Llevado del amor que tengo á los católicos, amor que me devuelven con usura, mi mayor satisfacción es socorrer á los pobres y enjugar algunas lágrimas. En medio de las penas y dolores que afligen mi vejez, nada me consuela tanto como el ejercicio de la caridad.» Hé aquí en qué nuestro santísimo padre emplea los recursos depositados en sus manos por la generosidad del mundo católico.

Con fecha 6 de mayo dicen de Roma: En un consistorio secreto que acaba de celebrarse, el papa ha nombrado diez obispos para Italia, los obispos de Ajaccio, Constantina y de la isla de Borbon, tres obispos *in partibus* y el obispo de Boznawo en Hungría. Su santidad no ha pronunciado ninguna alocución.

Se ha celebrado en Fulda una conferencia de obispos alemanes. Esta conferencia, según dicen, ha tratado de la actitud que los prelados alemanes deben adoptar frente á frente del gobierno en las cuestiones religiosas que se suscitan en la actualidad, y muy especialmente en la ley sobre la inspección de las escuelas y en el asunto de las excomuniones. Las decisiones de la asamblea se darán á conocer en un manifiesto colectivo.

Un acandalado feligrés de la parroquia de Santa Lucía de Santander ha regalado para el altar mayor de la iglesia una magnífica mesa de mármol de valor 48,000 reales, obra de un escultor genovés, cuyo trabajo está llamando la atención de los inteligentes.

Abundan los donativos para la reedificación del santuario de Fourvière en Lyon: se cita un anónimo que acaba de enviar 20.000 francos. La comisión ha recibido una considerable cantidad de alhajas.

Los cañones capturados á la Francia por los alemanes van á tener un uso más pacífico que antes. El emperador los ha regalado á varias comunidades religiosas, para que los conviertan en campanas para sus iglesias: veinte iglesias de la provincia del Rin han sido dotadas de ellas. La catedral de Colonia recibirá 25 toneladas; y la de Francfort 12 del metal de dichos cañones. Este metal será fundido en Colonia en una campana, la mayor de toda Alemania, y pesará más que la de San Estéban de Viena, que es de 20 toneladas.